

la Junta de que organizase el Instituto Escuela»²⁷. Corría el mes de mayo de 1918, unos días después el Instituto Escuela era un hecho.

Don Américo había participado en tan significativa fundación, que si bien fue una de las escasas notas positivas de un gobierno que debía, en palabras de Ortega, ofrecer:

«Un propósito serio y grande, cuya magnificencia sugestiva nos arrastre a un régimen de vida, más activo, más generoso y más noble.»²⁸

y no lo consiguió, ahogado en las sucesivas crisis del inmediato verano, sí sirvió para promover en España una pedagogía de la libertad y de la selección vocacional en hilo directo con el ideario de la Institución Libre de Enseñanza. En el durísimo artículo de 1935, que ya hemos citado, Castro no dudaba en afirmar:

«Hay que escribir que más debe la cultura de la nación a Romanones, Santiago Alba y Gimeno, ex ministros de la izquierda monárquica... que a quienes agazapados bajo la desteñida bandera de la República, se han puesto como misión no hacer nada útil, ni fino, sino arrasarse bellacamente todo intento de hacer salir a la patria de una ineficacia y sopor ya seculares.»²⁹

Es decir, elogio de los ministros bajo cuyo mandato se crearon el Centro de Estudios Históricos, el Instituto Escuela y la Junta. Tres instituciones que servían al europeísmo desde la pedagogía, la educación y la cultura y en las que don Américo tuvo participación sobresaliente. Tres instituciones en cuya valoración hubo acuerdo entre unos hombres servidores de la Monarquía y otros agudamente críticos con ella, y que permitieron, frecuentemente, juicios como el establecido por Romanones en su obra *Las responsabilidades del antiguo régimen (1875-1923)*:

«Esta Junta ha sido y es una de las instituciones que más han hecho desde entonces por la cultura nacional. A ella se debe una evidente transformación de nuestro modo de vivir en materia de comunicación científica con el extranjero, por la que se aprovechan mejor las actividades de laboratorio, que están dando a la enseñanza superior un carácter antes no conocido.»³⁰

II

Todo este amplio programa regeneracionista y europeizador, que tiene un inicial correlato político en el refrendo de las ideas orteguianas de *Vieja y nueva política* (1914) y en la participación en el manifiesto de la «Liga de Educación Política», constituida en torno a Ortega y Azaña en octubre del año 13, desemboca en los riquísimos artículos de *El Sol* republicano. A lo largo de esta trayectoria, Castro no duda en

²⁷ G. REDONDO: *Las empresas políticas de Ortega y Gasset* (2 vol.). Madrid, Rialp, 1970; t. I; pág. 201. En esta obra se encontrará más información; entre ella la carta pública dirigida por tan brillantes profesores a Alba. Para completar el contexto de este hecho puede consultarse, en primera instancia, la obra de M. PUELLES BENÍTEZ: *Educación e ideología en la España contemporánea*. Barcelona, Labor, Politeia, 1980.

²⁸ J. ORTEGA Y GASSET: «Gobierno de Reconstrucción Nacional» (*El Sol*, 4-V-1918). O. C., t. X, *ob. cit.*; pág. 424.

²⁹ A. CASTRO: «Los dinamiteros de la cultura», *ob. cit.*; pág. 181.

³⁰ ROMANONES, C.: *Las responsabilidades políticas del antiguo régimen*. Madrid, Renacimiento, 3.^a ed., s. a.; pág. 236.

oponerse, por ejemplo, en abril del año 19 al decreto de autonomía universitaria promovido por un viejo regeneracionista de derechas, César Silió, ministro de Instrucción del gobierno Maura. Castro junto con Menéndez Pidal, Cossío, Besteiro y Cajal suscribieron enérgicas protestas, que se resumen bien en estas líneas de don Santiago:

«La Universidad autónoma jamás contará con recursos suficientes para ello (reformarse). Harto hará con organizar decorosamente el núcleo de enseñanzas señaladas por el gobierno y defender su estatuto de las audaces intromisiones de follones y caciques.»³¹

O, en el plano ya más estrictamente político, en participar en la visita al frente italiano en 1917, fruto de una transparente actitud aliadófila, junto con Rusiñol, Azaña, Bello y Unamuno. Visita no exenta de problemas anecdóticos, entre ellos las inacabables discusiones filológicas con Unamuno, vestido al modo eterno del pastor protestante, mientras Castro parecía con su barba negra «un tipo español para la exportación»³². O la firma, en 1918, junto con Azaña, Araquistain, Marañón, Pérez de Ayala y otros intelectuales, del manifiesto de la Unión Democrática Española para la constitución de una sección española de la Liga de Sociedad de Naciones Libres, y en cuyo trasfondo están las ideas de Ortega, una y otra vez expuestas en *El Sol*, según las cuales la España vital debía acelerar la disolución de los viejos partidos dinásticos y caminar por una senda liberal y democrática. El profesor Castro suscribía sin duda estas palabras de Ortega cargadas de anhelos:

«Ya ha llegado a madurez una nueva generación de españoles más laboriosa y más severa, con una sensibilidad más perfecta para los destinos nacionales. Esta generación se ha educado en el santo odio hacia los hombres que dejaron a nuestra pobre España paralítica.»³³

Ahora bien, el regeneracionismo de Castro, como el de otros intelectuales de la generación del 14, tiene dos particularidades que es necesario poner de relieve. Una es la toma de distancia respecto de sus precursores noventayochistas. Otra es la singularidad de sus señas de identidad y de su tradición intelectual, que si bien no desprecia el 98 en su conjunto sí aprecia, en cambio, con mayor vigor otros esfuerzos anteriores.

Es sobradamente conocido —el profesor Mainer lo ha expuesto con brillantez en su excelente libro *La Edad de Plata*³⁴— que aunque los escritores del 14 replantearon el regeneracionismo y toda la envoltura sentimental del contexto finisecular, muchas de sus páginas están dedicadas a tomar «distancias tácticas» respecto de los noventayochistas. Ortega lo hacía desde la inicial reseña de la *Sonata de Estío* de Valle Inclán, en febrero de 1904, hasta su polémica con Maeztu en el verano de 1908, en la que propugnaba acabar con el individualismo español, programando corrientes de ideas

³¹ S. RAMÓN Y CAJAL: «La autonomía universitaria» (*El Sol*, 16-VI-1919).

³² Tomo el dato del enjundioso volumen de C. RIVAS CHERIF: *Retrato de un desconocido (Vida de Manuel Azaña)*. Barcelona, Grijalbo, Col. Dimensiones Hispánicas, 1980; pág. 50.

³³ J. ORTEGA Y GASSET: «Los señoritos de la Regencia» (*El Sol*, 12-XI-1918). *O. C.*, t. X, *ob. cit.*; pág. 475.

³⁴ J. C. MAINER: *La Edad de Plata (1902-1939). Ensayo de interpretación de un proceso cultural*. Madrid, Cátedra, 1981 (2.ª ed.); págs. 129-45, especialmente.

frente a la tesis del noventayochista que apelaba a figuras individuales para romper el marasmo del país. Azaña, con el pseudónimo de «Martín Piñol» iniciaba su primera navegación periodística en las páginas de *La Correspondencia de España*, en el otoño de 1911, con un «verdadero examen de conciencia generacional»³⁵ en el que tildaba al 98 de ególatra y exhibicionista; años después y desde las páginas del semanario *España* (octubre de 1923) sentenciaba en su artículo «¡Todavía el 98!» en referencia a aquellos escritores:

«En el fondo, no demolieron nada, porque dejaron de pensar en más de la mitad de las cosas necesarias. Poetas y escritores, la rareza de su crisis juvenil depende de una coincidencia de fechas: al conflicto de la vocación —que es eterno— se juntaron el desconsuelo, el desengaño ante la derrota; incorporaron momentáneamente a su vida sentimental lo que se ha llamado “problema de España”»³⁶.

Pues bien, Américo Castro, en otro registro desde luego, también estableció esta distancia respecto del 98, dando de paso una nota más de diferenciación entre estas promociones intelectuales. Aprovechó uno de sus habituales cursos —desde los años de la guerra eran frecuentes— en Francia para colocar el marbete de románticos en las espaldas de los intelectuales del 98. Seguramente don Américo hablaría a los estudiantes del romanticismo español, puesto que en 1922, y en la colección francesa «Les Cent Chefs-d’oeuvre étrangers» apareció un volumen suyo de títulos *Les grands romantiques espagnols*. Sea como fuere, lo cierto es que Ramiro de Maeztu, que iniciaba por entonces sus colaboraciones en *El Sol*, se despachó el cinco de marzo de 1921 con un artículo titulado «Romanticismo» en el que aceptaba el término para aquellas inquietudes juveniles del 98:

«Felicitó a don Américo Castro por haber dicho en la Universidad de Tolosa, en Francia, que fueron románticos los hombres de 1898. Se me figura que es un acierto, y que se ha conseguido mirar aquel tiempo con perspectiva histórica»³⁷.

y terminaba, tras referirse a las inquietudes finiseculares —destruir el maleficio, derribar el tirano, sacudir las cadenas, barrer los obstáculos...— como románticas, aceptando de buen grado lo propuesto por Castro:

«Tiene razón, probablemente, el señor Castro. Fuimos románticos en 1898; pero conste que algunos de nosotros dejamos ya de serlo»³⁸.

La postura de Castro calificando de románticas las actitudes que tanto Ortega como Azaña desdeñaban en lo que tenían de subjetivas, altisonantes y poco pragmáticas respecto del «rumor de la vida próxima» —los términos son de Ortega en la mencionada reseña— es reveladora. El enclave de Castro está sujeto a otras señas de

³⁵ J. MARICHAL: *La vocación de Manuel Azaña*, ob. cit.; pág. 62.

³⁶ M. AZAÑA: «¡Todavía el 98!», *Plumas y palabras*. Madrid, CIAP, 1930. Cito por la 2.ª ed. Barcelona, Crítica, 1976; pág. 179.

³⁷ R. MAEZTU: «Romanticismo» (*El Sol*, 5-III-1921). *Autobiografía*, O. C., t. I. Madrid, Editora Nacional, 1962; pág. 90.

³⁸ R. MAEZTU: «Romanticismo», ob. cit.; pág. 92.

identidad más propias, que él mismo se encargó de revelar en un espléndido trabajo, rigurosamente contemporáneo del que había encontrado en Maeztu, y que lleva como título «Algunos aspectos del siglo XVIII (Introducción metódica)». Se trata de una conferencia leída en la Facultad de Letras de Madrid, en abril de 1921, y posteriormente incluida en su obra *Lengua, enseñanza y literatura (Esbozos)* publicada por V. Suárez en 1924.

Dicho trabajo muestra en su principio la reticencia de Castro respecto del poco conocimiento que del siglo XVIII se posee (tampoco existe un libro legible acerca de Cervantes, exclama don Américo), para constatar, en cambio, lo polémico de una etapa que suscita tanto miradas amables como agrias indiferencias. A esa polémica quiere sumar su voz el joven catedrático de la Universidad de Madrid, y al hacerlo, destacando el interés del XVIII por ser tiempo de elaboración de formas de cultura, de tono moderno y de claridad y pragmatismo en sus creaciones, se retratan sus propios anhelos e ideales, que encuentran asentamiento en los ilustrados más señeros, Feijoo y Jovellanos, especialmente:

«Es un tiempo de elaboración de formas de cultura, de tonalidad revolucionaria, en el que el temperamento del escritor se esconde bajo el ejercicio del intelecto»³⁹.

Los hombres del siglo XVIII comprendieron el mal de España —falta de ciencia, de métodos y técnicas modernas, falta de Europa, en suma— al modo como lo entiende Castro y sus colegas universitarios del 14. En ellos quiere asentar sus raíces el peculiar regeneracionismo de don Américo.

En esta lectura de la historia —que como cualquier otra es en el fondo una identificación o un ajuste de cuentas— el autor de *El pensamiento de Cervantes* identifica sus anhelos con los de los ilustrados. Tal es el signo del ensayo, que además se inscribe en la polémica sobre la cultura española, planteada en el siglo XVIII, agitada con enconadas aristas en el lustro 75-80 del siglo XIX y vuelta a debatir en la crisis finisecular y nunca cerrada definitivamente en nuestro proceso histórico⁴⁰. En dicha polémica, Castro se coloca en la trayectoria de Gumersindo de Azcárate, Francisco de Paula Canalejas, Manuel de la Revilla o José del Perojo, dado que tras tachar de pueril afán el de vindicar en todo caso, como hacía Menéndez Pelayo, la ciencia y la filosofía hispánicas, afirma:

«La grandeza de España es evidente, pero no hay que buscarla con los métodos usados por Menéndez Pelayo en su libro *La ciencia española*»⁴¹.

³⁹ A. CASTRO: «Algunos aspectos del siglo XVIII (Introducción metódica)», *Españoles al margen* (ed. P. Carrero Eras). Madrid, Júcar, 1973; pág. 46.

⁴⁰ Contemporáneo del asedio de don Américo es el intento de sistematización llevado a cabo por P. SAINZ RODRÍGUEZ: *La evolución de las ideas sobre la decadencia española*, y que fue el discurso de apertura de curso académico (1924-25) en la Universidad de Madrid. (Hoy puede leerse como primera parte del libro que lleva ese mismo título: Madrid, Rialp, 1962.) Por otro lado, el que la polémica no estaba cerrada lo iba a constatar el propio maestro al publicar tras la guerra civil *España en su historia*.

⁴¹ A. CASTRO: «Algunos aspectos del siglo XVIII», *Españoles al margen*, ob. cit.; pág. 49.